

San

—Así que un niño de unos once años, ¿eh?— comentó la directora, quitándose las gafas y mirando a la joven pareja con una expresión medio burlona. El despacho de aquella mujer era grande, con varios ventanales, pero las paredes, de un gris rata, transmitían tanto frío que ni siquiera los abrigos de la pareja lograban calentar. El escritorio era de madera negra, situado en medio de la sala, junto a unas sillas del mismo color. Era siniestro y lúgubre para sus ojos, acostumbrados a los vivos colores de la ciudad. Y las cosas no mejoraban con la antipática directora que tenían delante. Tendría alrededor de los cincuenta años, de pelos grises, canosos. Su cara era bien redonda y unas pequeñas gafas de plata clara resaltaban sobre sus oscuros atuendos. Los ojos los tenía de un marrón ceniza y tenía una mirada bastante despectiva y la expresión burlona de su cara daba a entender de que no se creía lo que le habían dicho.

—Así es— contestó Aurora, al ver que Zachary, su marido, parecía haber perdido la voz.

—Bueno, bueno— dijo, arqueando las cejas—. Tenemos unos pocos. Casi ninguno—comentó.

—Eh... ¿y podríamos verlos?— preguntó Zachary, recuperando la voz al fin. La directora los miró desafiante. Se levantó en silencio e hizo un ademán para que la siguiesen.

Había niños por todas partes. Algunos corrían de un lado para otro; algunos estaban sentados en las esquinas; otros charlaban o miraban a la pareja de reojo. Subiendo las escaleras del desagradable orfanato, varios niños fueron regañados por los criados, que tenían el mismo mal genio que la directora. Se miraron preocupados. Ese era el único orfanato que les pillaba más cerca, así que no habían tenido más remedio que ir allí.

—Estos son los niños de unos once años— vociferó la directora nada más abrir la puerta de una de las habitaciones del orfanato—. Como dije, no hay muchos...

En medio de la estancia, había más o menos seis niños de esa edad, colocados el uno al lado del otro en perfecto orden. Aquellos niños los miraban con desconfianza, pero con una pizca de esperanza. Salir de ese orfanato era lo que desearía cualquier niño. Eran más delgados de lo normal para su edad. Era como si no les alimentasen bien. De repente, la voz de la matrona los sacó de sus pensamientos.

—¿Cómo dice?— murmuró Zachary, al darse cuenta de que había estado hablando y no había escuchado ni una palabra de lo que les había dicho.

—Decía que estos son los únicos chicos que no desaparecieron. Son muy dóciles, no suelen molestar. No creo que tengan problemas con alguno— masculló, irritada. Estuvo a punto de presentárselos cuando se acordó de algo.



—Ah, casi se me olvida. También hay otro chico: San. Está con los niños pequeños, más bien, siempre está con ellos. Un auténtico fenómeno. Dice que los pequeños son mejores que los mayores. Ese niño es una desgracia, no dice más que disparates— comentó, alzando las manos, horrorizada al recordarle. Los otros chicos soltaron una risilla—. Siempre se mete en líos y no calla. Total, que no sé por qué os estoy hablando de él. Nadie lo quiere. Quienes lo adoptaron, le devolvieron. Y siempre será así— concluyó, con una sonrisa maliciosa, casi orgullosa de ese hecho, como si le divirtiese que nadie lo apreciara. Iba a continuar hablando, pero Aurora, al darse cuenta de que no iba a volver a nombrar más a ese niño, la interrumpió:

—Perdone, pero ¿podría presentárnoslo, por favor? Nos gustaría verle.

La matrona los miró con desprecio, pensando que la pareja no tenía ningún tipo de sentido común, pero aún así hizo un gesto de afirmación y, sin mediar palabra, salió por la puerta, molesta. No entendía por qué querían a un niño de esa insoportable edad, y menos aún, para qué querían ver a ese chico indisciplinado. Nunca nadie se molestaba por él. Era un ser insignificante. Pensando eso, llegaron frente a una puerta de madera que la directora abrió de golpe, asustando a los niños pequeños, de unos cinco años, haciéndoles dar un respingo y se colocaron en fila.

—San, tienes visita— murmuró a un chico más mayor que el resto, que ayudaba a hacer la cama a uno. La directora se echó a un lado, y por fin

podieron ver al chico “insignificante”. Tenía la cara delgada y el pelo, de un castaño oscuro con reflejos rojizos; sus ojos verdosos, que transmitían tristeza e inseguridad, relampaguearon por un instante, con un brillo de curiosidad en cuanto los vio. Pero se quedó impasible, quieto donde estaba. Simplemente miró a la directora, serio.

—Vienen porque quieren adoptar a un chico de tu edad— comentó secamente.

—Ah, ¿sí?— murmuró San. Los miró con desconfianza, sin saber que ellos estaban a punto de adoptarle...